

Por estos días -maravillas del doblaje- se la escucha hablar, en japonés y en medio de la programación de la NHK (empresa de radiodifusión pública nipona), sobre su obra y el entramado de obsesiones e intuición que la van nutriendo. Cristina Coroleu se ríe y cuenta que todo empezó el año pasado, cuando un equipo de la NHK viajó a Buenos Aires para filmar un documental sobre una especie vegetal que les resultaba intrigante y, desde luego, exótica: el jacarandá.

En eso estaban, dispuestos a registrar el manto violáceo que se apodera de tantas calles porteñas hacia fines de la primavera, cuando alguien les acercó el dato. Había en la Argentina una mujer formada en la técnica de la aguada japonesa -esas acuarelas de suavidad casi translúcida- que hacía rato venía persiguiendo un objetivo: bucear y pintar, y seguir buceando, en la delicadeza de las flores nativas. Una artista que, con una refinada técnica oriental, se había propuesto trazar el mapa pictórico de las especies florales autóctonas.

Pronto los documentalistas descubrieron que esa mujer vivía en Buenos Aires y que buena parte de su trabajo se centraba en las floraciones de los árboles porteños, a las que honraba -la rueda de las coincidencias seguía girando- con un antiguo ritual japonés, el *hanami*. Y que precisamente en ese momento, con las campanitas violáceas en su esplendor, estaba organizando uno.

El eje del documental cambió. Y los camarógrafos se prepararon para filmar, en una ciudad latinoamericana, la recreación de una tradición largamente conocida en su país. Pero si en Japón el día del *hanami* la gente se reúne para conversar, comer y beber bajo los cerezos florecidos, aquí el pequeño grupo liderado por Coroleu lo hizo bajo la sombra de varios jacarandás.

"Nos pasan muchas cosas malas -cuenta ahora la artista, divertida por el inesperado protagonismo que la llevó a las pantallas japonesas-. Pero en medio están las floraciones. Sólo hay que levantar la cabeza y mirar."

Así lo hace ella. Y ve, en una ciudad no siempre consciente de sus riquezas, el legado de Carlos Thays, el paisajista francés que hace un siglo diseñó mucho más que parquizaciones. "Creó una paleta para la ciudad", se entusiasma la pintora. Y muestra, en sus acuarelas, la voluntad de plasmar los escurridizos prismas porteños. Rosas del lapacho, carmines del ceibo, violáceos del jacarandá, amarillos de la tipa, más rosáceos del palo borracho. Floraciones sucesivas que a lo largo del año van trazando sus regueros de color a lo largo de los parques y espacios arbolados concebidos por Thays.

A Coroleu siempre le conmovió la generosidad de ese hombre "que puso la belleza al alcance de todos". Pero la conexión con las flores le llegó recién a fines de los 90. En medio de un duelo.

"Se había muerto mi padre, y me aislé -rememora-. Me encerré en el Botánico." Durante un año, mientras la pena drenaba, se refugió en la sombra mansa del lugar. En algún lugar de la memoria latía, también, su experiencia como estudiante de artes gráficas en Holanda; las horas largas, ensimismadas, en el pabellón de estampas japonesas del Museo Van Gogh de Amsterdam.

Hasta que un día todo se conjugó. Y brotó. "Desplegué las flores", recuerda con una sonrisa. Se sumergió en los sutiles trazos de las aguadas japonesas. Confirmó que ésa era la fibra que quería tocar y allí se hizo fuerte, con paciencia oriental: centenares de hojas de estudios de las que brotaban las láminas definitivas; horas y más horas de trabajo en su taller. Luego comenzó a dar clases y formar seguidores en distintos puntos del país, convencida de que dar testimonio de la belleza es un modo de defenderla.

Hoy sigue con angustia las noticias sobre los incendios forestales en el sur del país. Dice, además, que con el cambio climático las floraciones se adelantan, las abejas "están confundidas" y las flores se ven "como si una tormenta las fuera a avasallar".

No obstante, prepara su próximo *hanami*: el del palo borracho, en abril. Porque en cada planta florecida intuye una raíz de la que aferrarse. Y le encanta aquella imagería de hace siglos, la de los elefantes y la tortuga

sobre los que descansaba todo. Sólo que ella le haría una pequeña, crucial, corrección: "Es un árbol el que sostiene al mundo", afirma.

Y no hay cómo negárselo..

Nota original: <http://www.lanacion.com.ar/1772818-el-arbol-que-sostiene-al-mundo>